

## IV VOLUMEN DE LA CORRESPONDENCIA DE FLAUBERT: SUS IDEAS EN EL CAMBIO DE SIGLO

ANTONIO ÁLVAREZ DE LA ROSA  
*Universidad de La Laguna*

Flaubert murió en 1880 y volverá a morir dentro de pocos años, cuando Jean Bruneau nos entregue el V tomo, el último de su *Correspondance*. Será su segunda muerte, digo, para quienes hemos ido acompañándole a lo largo de sus cartas, es decir, de su biografía, en el día a día social, literario e ideológico. Dado el rastreo policiaco de Bruneau, lo más probable es que ya no podamos disponer de ninguna carta más, que no nos quede la esperanza de conocer algún aspecto más de su vida y de su pensamiento reflejados en esa Correspondencia. En esta ocasión vamos a tratar de situarlo a la luz y a las sombras de las escritas entre el 1 de enero de 1869 y finales de diciembre de 1875 y dirigidas a «son vieux troubadour». Cartas en las que, como es sabido, Flaubert se encuentra a gusto al dirigirse a una escritora que, según su particular visión, posee las cualidades de un hombre. «*Etes-vous bon! quel excellent être vous faites*» (16-IV-1872). Precisamente porque George Sand no es la mujer arquetípica, porque su cerebro no adolece de la blandura femenina, es por lo que se había atrevido a espetarle con confianza su ideal misógino y hasta andrógino: «*Quelle bonne femme vous faites, et quel brave homme!*» (10-XII-1869). A pesar de esa atmósfera de afinidad genérica, se podría afirmar que la correspondencia Flaubert-Sand es, en general, un monólogo ideológico cruzado, casi siempre irreconciliable<sup>1</sup>. El uno utiliza a la otra y viceversa para exponer sus ideas quizá con la vista puesta en lo que opine la posteridad, una vez que esas cartas lleguen al destino público ineluctable, dada la celebridad de ambos ya en ese periodo.

1. Cito todas las cartas a partir de la edición de Jean Bruneau del IV tomo de la correspondencia de Flaubert. Gallimard, La Pléiade, 1992. Cf. al respecto Martine Reid, «Flaubert et Sand en correspondance» in *Poétique*, n° 85, février 1991.

Este IV tomo que comentamos se abre con un Flaubert en plena forma anímica, tal y como le confiesa a George Sand, y se cierra, mil páginas después, con un escritor al límite del agotamiento. Veamos solo una pequeña muestra de su óptica pesimista. Refiriéndose al planeta Tierra y envuelto en el mismo abatimiento que su admirado Littré, sentencia: «*Rien ne m'y soutient plus que l'espoir d'en sortir prochainement, et de ne pas aller dans une autre, qui pourrait être pire*» (p. 1001, t. IV, finales de diciembre de 1875). Años negros, en general, empapados de dolor, de misantropía y de soledad, etapa en la que desaparecen paulatinamente la mayor parte de los asideros vitales, desde la muerte de su Louis Bouilhet y de interlocutores cultos y admirados como Sainte-Beuve, Jules de Goncourt o Théophile Gautier, pasando por el fracaso de *L'Éducation sentimentale*, la muerte de su madre, la casi ruina familiar, la invasión de Francia por el ejército prusiano y hasta el asco que le produce el movimiento insurreccional de la Commune, sobre todo desde el punto de vista del comportamiento del ser humano en tanto que masa.

De ahí que el 27 de marzo de 1875 ya entinte de negro todo lo que le rodea y solo se aferre a la balsa de su escritura, esa que, por otra parte, había sido el hormigón de su andadura por la vida: «*Je n'attends plus rien de la vie qu'une suite de feuilles de papier à barbouiller de noir. Il me semble que je traverse une solitude sans fin, pour aller je ne sais où, et c'est moi qui suis tout à la fois le désert, le voyageur et le chameau!*». Frase que encierra, por lo demás, ese ideal de exotismo que, a lo largo de toda su Correspondencia, constituye casi una obsesión: «le dépaysement», la búsqueda del Oriente que centellea en el horizonte de su paraíso particular.

En estos seis años epistolares nos seguimos encontrando con un novelista que desgrana sus ideas. Al leerlo, uno tiene la sensación —excesos y cronologías aparte— de volver a conversar con un contemporáneo, de asistir a un despliegue reflexivo que radiografía nuestra sociedad. Desde la «*bêtise*», pública o privada —la estupidez ha cambiado las formas, pero no, me temo, su esencia—, al fundamentalismo antibabáquico, pasando por el acendrado patriotismo —hoy más conocido por nacionalismo— y acabando con su crítica a la falta de crítica literaria. Gavilla de pensamientos que, en resumen, mantiene también al Flaubert pensador vivito y coleando. Desde que comencé a penetrar en la selva amazónica de su correspondencia, tengo la certeza de haber intimado con el hombre que está oculto tras las bambalinas de sus obras, porque el «yo» que trató de ocultar en sus novelas se enseorea aquí. Cierto que ya por estos años y tras su celebridad literaria, de una forma menos desnuda, menos espontánea, menos escatológica. Es como si hubiera echado el freno a la expresión, sabedor de que acabarían siendo de dominio público.

De las 400 cartas que componen la totalidad de la relación epistolar con George Sand, mi propósito es concentrar la lupa temática sobre parte de las 136 que almacena este IV tomo. Dado el paraguas temático que acoge estas Jornadas de la APFFUE, me ha parecido oportuno tratar de analizar unas cuantas reflexiones flaubertianas que, a mi modo de ver, se proyectan sobre nuestro tiempo. No afirmo que haya sido un visionario o un profeta ideológico. Sencillamente, la posibilidad de que intuyera determinadas características de nuestra época.

En este sentido, veamos dos cartas a las que separan unos cinco meses escasos. En la primera (27-IX-1870) da rienda suelta a su tristeza social, anonadado por la invasión prusiana: «*Je ne crois pas qu'il y ait en France un homme plus triste que moi! (...) Ce qui*

*me navre, c'est: 1° la férocité des hommes; 2° la conviction que nous allons entrer dans une ère stupide. On sera utilitaire, militaire, américain et catholique. Très catholique! vous verrez! La guerre de Prusse termine la Révolution française, et la détruit. (...) «Et le Pignouflisme commence!».* La segunda carta, redactada pocos meses después (11-III-1871), arremete con la misma idea desde las primeras líneas: *«Ah! dans quel monde nous allons entrer! Paganisme, Christianisme, Muflisme: voilà les trois grandes évolutions de l'humanité. Il est triste de se trouver au début de la troisième...»* Dos expresiones aparecen aquí resumiendo una de las obsesiones de Flaubert que, en el terreno del pensamiento, quizá nos lo acerquen más a la modernidad. Esos «pignouflisme» y «muflisme» que, en el acercamiento de la traducción, podríamos denominar como «patanismo» y «hociquismo», encierran no solo esa idea del patán, del ignorante, del triunfo de la ignorancia que no se esconde por vergonzante, sino que hasta es exhibida con altanería. Esas dos palabras almacenan también la desconfianza que Flaubert sentía respecto al lenguaje como transmisor de la realidad. Aunque tanto en sus novelas como en su Correspondencia llegó incluso a sublimar ese «pignouflisme», lo cierto es, como afirma Philippe Dufour, que *«le langage, telle est la découverte terrifiée de Flaubert, n'est plus la face sonore de la vérité»*<sup>2</sup>. Flaubert, por lo tanto, transformado en lingüista para demostrar, contando historias, que el lenguaje no es espejo del pensamiento. Pero hay algo más, un aspecto que nos acerca al Flaubert pensador, al escritor que practica el pesimismo lúcido, tal y como se ha demostrado a lo largo de este siglo en el que ese «muflisme» profético se ha desarrollado como champiñón en la oscuridad. La barbarie de dos guerras mundiales y el rosario de bestialidades que no cesan son pruebas dolorosas de esa desconfianza del novelista normando, de su creencia concluyente en la imposibilidad de cambiar el lado oscuro de la condición humana. Del nazismo a los maremotos financieros, pasando por el comunismo estalinista y acabando en el nacionalismo que, por lo general, no ve más allá de sus «mufles», el «muflisme» flaubertiano campa a sus anchas por el ancho mundo. También, por supuesto y por seguir con las cartas mencionadas, los fanatismos religiosos del más variado pelaje. Todo ello, claro está, mientras los territorios del Arte y de la Literatura no han dejado de ser reservas de una raza no sé si en extinción, pero al menos con mentalidad de resistentes que pueden emplear a Flaubert como banderín de enganche ante tanta avalancha utilitaria.

Otro aspecto de ese «muflisme» que tanto erizaba a Flaubert podemos encontrarlo quizá en lo que en su época era un fenómeno incipiente y hoy constituye un gigantesco movimiento de masas. En una carta fechada en Suiza el 3 de julio de 1874 aparece un Flaubert radicalmente antiRousseau y antiturismo (Me salgo, entre paréntesis del marco de esta correspondencia para citar un párrafo de una carta escrita el día antes, o sea, el 2 de julio y desde la misma localidad a su amigo Iván Turguenief en la que es aún más explícito respecto a su fobia turística: *«Les Alpes (...) sont en disproportion avec notre individu (...) Et puis, mes compagnons, mon cher vieux, messieurs les étrangers qui habitent l'hôtel! tous Allemands ou Anglais, munis de bâtons et de lorgnettes. Hier, j'ai été tenté d'embrasser trois veaux que j'ai rencontrés dans un herbage, par humanité et besoin d'expansion»*). A pesar del luto anímico en el que Flaubert vive en esos momen-

2. Philippe Dufour, *Flaubert et le Pignouf. Essai sur la représentation romanesque du langage*. Presses Universitaires de Vincennes, Paris, 1993, p. 7.

tos, reaparece aquí todo su espíritu fresco y crítico, el humor lúdico. No parece exagerado considerar que Flaubert se muestra premonitorio al describir el ridículo de esos extranjeros ataviados como para emprender aventuras peligrosas. Volviendo a la carta dirigida a George Sand, tras comentarle las razones médicas de su estancia en Suiza y de su mortal aburrimiento, hace no solo una proclama de urbanícola, sino de viajero radicalmente diferente a los congéneres que pululaban a su alrededor: «*Je ne suis pas l'homme de la Nature* (el subrayado es suyo). *Et je ne comprends rien aux pays qui n'ont pas d'histoire. Je donnerais tous les glaciers de la Suisse pour le musée du Vatican. C'est là qu'on rêve!*».

La otra idea, también contenida en la mencionada carta de noviembre de 1870, que quisiera destacar en este encabalgamiento de dos siglos es ese miedo de Flaubert al «americanismo» que ya previó. No es este el lugar para desarrollar una teoría política, pero parece evidente el peso que en el mundo tiene esos conceptos de vida y de ideología que emanan a chorros de la sociedad norteamericana y que a todos nos salpican con mayor o menor intensidad.

En el terreno de la ideología política, otro de los ejes reflexivos de este conjunto de cartas dirigidas a Georges Sand es el constituido por su crítica al sufragio universal, a la enseñanza obligatoria y al papel, nocivo según él, del periodismo. No olvidemos, dicho sea de pasada, que estas cartas están redactadas en un momento histórico en el que es más fácil que suban a la superficie esas negruras críticas. Recordemos que el 19 de julio de 1870 Francia declara oficialmente la guerra a Prusia y que posteriormente será invadida por el ejército enemigo. De ahí que, ya desde el 3-VIII-1870, escriba: «*il me semble que nous entrons dans le noir (...). Les guerres de races vont peut-être recommencer? On verra, avant un siècle, plusieurs millions d'hommes s'entretuer en une séance? tout l'Orient contre toute l'Europe, l'ancien monde contre le nouveau! Pourquoi pas?*» Se acentúa, por consiguiente, la amargura del escritor al contemplar el maremoto producido por la «bêtise» patriótica que inunda su país y da rienda suelta entonces a su proclamada desconfianza respecto a las manifestaciones ideológicas de la masa. Podríamos multiplicar las citas al respecto, pero me limitaré a evocar dos en las que quizá con más fuerza que nunca trata de cuartear la solidez republicana de George Sand. En la primera (30-IV-71) y tras comentar el envilecimiento de la burguesía que ve en la invasión prusiana una garantía de orden y de seguridad (surge aquí la tentación, por cierto, de evocar la reacción similar que produjo la ocupación alemana durante la Segunda Guerra mundial), y tras etiquetar el sufragio universal como «*l'avant-dernier Dieu*», aparece ese Flaubert que, desde nuestra óptica moderna, puede ser considerado como un perfecto reaccionario: «*la seule chose raisonnable (j'en reviens toujours là) est un gouvernement de Mandarins, pourvu que les Mandarins sachent quelque chose, et même qu'ils sachent beaucoup de choses*». Coherente con esa teoría de la organización política de una sociedad, declara que «*le peuple est un éternel mineur, et il sera toujours (dans la hiérarchie des éléments sociaux) au dernier rang, puisqu'il est le nombre, la Masse, l'illimité*».

Seis meses después, Flaubert vuelve a la carga, sobre todo tras leer un largo artículo de George Sand, «Réponse à un ami», que había aparecido en *Le Temps* el 3 de octubre de 1871. Esta vez, la andanada crítica del escritor descarga sobre la enseñanza, tal y como empieza a perfilarse en el ideal republicano. Insiste en la idea de los peligros que encierra la masa, matizando, sin embargo, que hay que respetarla porque contiene gérmenes de una fecundidad incalculable, «*donnez-lui la liberté mais non le pouvoir*». Poco

después, desde su atalaya de conocedor de la condición humana y a propósito de su no creencia en la distinción de clases, aspecto en el que coincide con su corresponsal, dice, no obstante: «*Mais je crois que les Pauvres haïssent les Riches, et que les riches ont peur des pauvres. Cela sera éternellement*». Empapado de ese pesimismo sociológico, Flaubert continúa remachando el clavo de sus múltiples descreencias. Emboscado en su lógica del mandarinato y en su odio a la burguesía como expresión máxima de la estupidez de sus contemporáneos, concluye en este sentido: «*Tout le rêve de la démocratie est d'élever le prolétaire au niveau de bêtise du bourgeois*». Flaubert que sabe mucho sobre la estupidez del burgués, que se lo sabe todo, en el fondo, puesto que lleva esa «bêtise» en sus genes, si se me permite la incorrección biológica, en su forma de vivir, se sitúa aquí, una vez más, en el extremo opuesto a George Sand, burguesa demócrata y liberal que cree en el progreso y en la posibilidad de mejorar la condición humana.

Como corolario de esta carta que citamos y situándose en la estela de Renan, en el sentido de que la instrucción del pueblo solo es un efecto de la gran cultura de las clases altas<sup>3</sup>, es lógico que abomine de los planes pedagógicos, desprovistos del espíritu crítico, según él, porque «*l'instruction gratuite et obligatoire n'y fera rien -qu'augmenter le nombre des imbéciles*». Recordemos que estas consideraciones de Flaubert están escritas diez años antes de las leyes de Jules Ferry de 1881-1882 respecto a la gratuidad y obligatoriedad de la enseñanza primaria. De ahí también que para cerrar este párrafo antisistema, diríamos hoy, dispare otro torpedo a la línea de flotación de la cultura de masas. Como consecuencia de una alfabetización creciente, el número de lectores crece y es constante el desarrollo del mercado editorial y de la prensa. El periódico se convierte, por consiguiente, en un nuevo y ancho espacio para los escritores. Algunos lo aprovecharán y de qué manera. Otros, y ese es el caso de Flaubert, lo detestarán (Como hará igualmente y dicho sea entre paréntesis con la imagen, con las ilustraciones, con la fotografía que ya irrumpía). Para él ese mencionado sueño de la democracia de llevar el proletariado hasta el nivel de estupidez de la burguesía en parte se había cumplido ya, puesto que «*il lit les mêmes journaux et a les mêmes passions*». Tampoco es este el espacio para extenderse en consideraciones sobre el ancho y apisonador embrutecimiento de gran parte de los medios de comunicación actuales, pero no parece descabellado afirmar que también aquí Flaubert intuye la modernidad de estas últimas décadas.

Al cerrar este IV volumen de la *Correspondance*, Flaubert ya no es el mismo, está exhausto y solo mantiene como refugios seguros la escritura y la lectura, la demostración, una vez más, de que sacrificó su vida en función del arte: «*se griser avec de l'encre vaut mieux que se griser avec de l'eau de vie*» (1-I-1869). En el conjunto del último tomo, encontramos a un escritor en permanente guerra contra la «bêtise» y, por consiguiente, consigo mismo, dado que Flaubert desconfía de todo, incluso de sus propios sentimientos. Demuestra ser buen hijo, siente cariño y ternura por su sobrina Caroline, es buen amigo, pero a pesar de todos esos afectos, es como si, para compensar, necesitara desgarrarse en el sufrimiento, como si necesitara alejar el peligro de la bobaliconería. De ahí que, tras descargar su ira sobre la «bêtise» de sus contemporáneos, no encuentre otra vía de escape que no sea la de dejar su vida en la escritura.

3. Cf. *Correspondance Flaubert-Sand*, Flammarion, Paris, 1981, édition d'Alphonse Jacobs, p. 351.

Al final de este volumen, es decir, en diciembre de 1875, no sabe que aún le quedan cinco años de vida. En medio de toda esa desolación, de toda esa amargura y pesimismo al contemplar lo que él cree el desmoronamiento de la civilización occidental, Flaubert sigue incubando su gran venganza contra la estupidez de sus congéneres. Confeccionó su única balsa salvadora con el material interminable de «Bouvard et Pécuchet», quizá el gran catálogo de la imbecilidad humana.